

LA VOLUNTAD DE LA FORMA(*). LA CIUDAD COMO ESPEJO. A PROPÓSITO DE LAS EVOLUCIONES O MUTACIONES SOCIALES

M^º JOSÉ GONZÁLEZ ORDOVÁS

*El arrabal es el reflejo de nuestro tedio.
Mis pasos claudicaron
cuando iban a pisar el horizonte
y quedé entre las casas,
cuadrículadas en manzanas
diferentes e iguales
como si fueran todas ellas
monótonos recuerdos repetidos
de una sola manzana
Jorge Luis Borges, Arrabal*

SUMARIO: I. LA CIUDAD ES UNA RELACIÓN.— II. SIEMPRE MÁS.— III. LA CIUDAD COMO UTOPIÁ.

RESUMEN: Las ideas de ciudad y cambio siempre han estado interrelacionadas, sin embargo, en los últimos años las modificaciones de la ciudad propias de la sociedad del «siempre más» que es la nuestra son de tal entidad que tal vez estemos creando una realidad nueva y distinta. Al fin y al cabo, la ciudad es una forma específica de relación y las relaciones sociales también están conociendo evoluciones y mutaciones notables. En todo caso, parece importante reincorporar a nuestro acervo cultural la idea de utopía como motor para la mejora social y por tanto urbanística.

Palabras clave: ciudad; relación; consumo; cambio; sostenibilidad; utopía.

ABSTRACT: *The ideas about city and change have always been interrelated. However, over the last years the modifications to the city resulting from our always «more and more» society are of such significance that we may be creating a new and distinct reality. After all the city is a specific form of relation, and social relations also go through notable evolutions and mutations. In any case it seems important to re-incorporate the*

(*) Este título resulta de la adaptación de una de las ideas que María Zambrano expresa en *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 2003, pp. 13 y 14.

idea of utopia as the driving force for social and therefore urban improvement in our cultural tradition.

Key words: city; relation; consumption; change; sustainability; utopia.

No es preciso ser un avezado investigador social para percibir que la forma por excelencia en que nos organizamos, la ciudad, está cambiando. La incipiente voz de alerta desaparece si recordamos que en el hecho sustancial mismo de la forma urbana está comprendido el cambio. La ciudad ha ido adaptándose a lo largo de los siglos a las diversas vicisitudes históricas y al tiempo ha ido incorporando los avances técnicos y científicos según pasaban a formar parte de la vida cotidiana del ciudadano.

Sin embargo análisis recientes apuntan a que algo de entidad y cualitativamente distinto está ocurriendo en las ciudades, no de aquí o de allá sino de todo el mundo. «Algo muy importante y profundamente diferente al pasado (...) Son las dimensiones del cambio, que se desarrolla a nivel planetario, las que introducen una inquietante novedad» (1).

Por supuesto que la ciudad ha conocido y reconocido cambios de aspecto. Pero ¿responden a algo más los cambios de hoy? ¿Podrá seguir hablándose de ciudad? ¿Qué convierte en ciudad a un grupo de individuos que viven en cercanía? ¿Hemos dejado de ser algo para convertirnos en otra cosa? ¿Por qué? ¿Qué?

Hay diversos puntos de vista que exploran con mayor o menor intencionalidad esta y otras cuestiones relacionadas con la ciudad y sus implicaciones. La tesis que se recoge en este trabajo apunta a un cambio de modelo de vida. Así, siguiendo la pauta de la «Modernidad radical» descrita por Giddens las alteraciones en las formas de relación social, fundamentalmente causadas por la entronización del consumo como paradigma del estar y el bienestar son de tal magnitud que vamos desembocando en un diferente modelo societario que tiene un reflejo directo en nuestro entorno, la ciudad, espejo elocuente de los cambios de estos sistemas complejos vivos que son las ciudades. Y muy especialmente dentro de la ciudad la arquitectura es, a un tiempo, receptora y transmisora de valores. En estos tiempos en que prácticamente «se han borrado todas las diferencias antropológicas» (2), en los que

(1) MARTINOTTI, Guido, «Los lugares de la Modernidad radical y las nuevas poblaciones metropolitanas» en José Vidal Beneyto (dir.), *Hacia una sociedad civil global. Desde la sociedad mundo*, Taurus, 2003, p. 449.

(2) FERNÁNDEZ ALBA, Antonio, *Reflexiones*, Lecciones/documentos de arquitectura nº 10, Escuela Superior de Arquitectura. Universidad de Navarra, Pamplona, 2005, p. 7.

por encima de todo se mira, la forma mirada adquiere una importancia única para el sujeto, para la sociedad, para la manera en el que cada uno de ambos contiene y comprende al otro.

I. LA CIUDAD ES UNA RELACIÓN

Para Alain BOURDIN la nuestra es una civilización de individuos y en ella la forma urbana no es un simple contexto o escenario sino una de sus dimensiones y lo fundamenta porque, a su juicio, «la acción que produce la metrópoli no es exterior a la civilización de individuos, es parte de ella», el productor de metrópoli es productor de civilización (3).

La ciudad, claro, es una morfología pero también y a un tiempo es «un conjunto de elementos relacionados que forman un sistema de orden económico y social, ese sistema da sentido a la materialidad de la ciudad» (4). Dicho de otro modo, la ciudad más que terreno, espacio u objeto es una relación, una forma de relación, y es por ello que desde el principio se convierte en debate intelectual de los sociólogos fundadores: WEBER, SOMBART, TÖNNIES, SIMMEL.

La metrópoli entendida como gran ciudad es, en sí misma, un cuadro de socialización para el que ya no sirve la cómoda dualización del pensamiento que separa y distingue entre continente y contenido, ambos son una y la misma cosa. Lo que afecta al envoltorio repercute en lo envuelto y viceversa. Hoy más que nunca todos dependemos de todos lo cual, quizás por su generalización, produce el paradójico efecto de que nadie depende de nadie, que cada ciudadano es soberano de sí y lo suyo, además de ajeno, acaso perfecto, del prójimo ya nada próximo. Quizás baste con recordar de momento algunas de las ideas que SENNETT incluye en su *Corrosión del carácter*: «¿Cómo pueden perseguirse objetivos a largo plazo en una sociedad a corto plazo? ¿Cómo sostener relaciones sociales duraderas? (...) El capitalismo del corto plazo amenaza con corroer aquellos aspectos de la personalidad que unen a los seres humanos entre sí y brindan a cada uno de ellos la sensación de tener un yo sostenible» (5).

Sí, aparece pronto a colación un tema no vinculado, o al menos en apariencia no directamente vinculado, con la denominada «cuestión urbana». Nos

(3) BOURDIN, Alain, *La métropole des individus*, París, Éditions de l'aube, 2005, p. 15.

(4) BOURDIN, Alain, *op. cit.*, p. 16.

(5) SENNETT, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, tr. Daniel Najmías, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 25.

referimos al modelo económico, la alusión de SENNETT al capitalismo secundaria por numerosos y destacados autores no hace sino incorporar uno de los aspectos fundamentales de la globalización a nuestro tema de análisis. En el contexto actual prescindir de ello llevaría a un diagnóstico fallido, no hay decisión que se adopte en la escena nacional e internacional que no pase por el tamiz de la economía, probablemente siempre fue así pero a día de hoy la globalización como exponente máximo de esta «modernidad multidimensional» en la que vivimos impide cualquier omisión de ésta y cuestiones anejas (6). Lo dice GIDDENS con claridad, «quien estudie las ciudades actuales en cualquier lugar del mundo, sabe que lo que sucede en un barrio local seguramente ha sido influenciado por otros factores —como pueden ser la economía mundial o los mercados de productos— que operan a una distancia indefinida» (7).

Los avales de esta tesis apuntan a una «Fragilización de las relaciones sociales» (8) que, en distintos grados asocia el fenómeno de la globalización económica con «la descomposición del modelo de estado que se había afianzado tras la segunda guerra mundial.» Pues bien, todo ello tiene repercusiones de primer orden tanto en el espacio como en el tiempo, o sea, en el ámbito urbano. En uno de sus artículos Jacques DONZELOT, afirmaba categórico «La ciudad ya no produce sociedad» (9). Poco después tal aseveración era tildada más como «un modo de llamar la atención que como una afirmación seria» (10). De cuantos reproches puedan dirigirse a la ciudad, éste es uno de los más serios pues de él depende que propugnemos uno u otro modelo urbano. Nuestra premisa: que es bueno hacer sociedad en el sentido de Montesquieu siendo por tanto la sociedad no los hombres sino la unión entre ellos queda condicionada por el modelo de ciudad.

A tales efectos distingue DONZELOT entre la ciudad moderna, la de la industrialización, frente a la ciudad contemporánea. A la primera le atribuye la creación de sociedad, a la nuestra no. Lo ejemplifica con el caso francés, o mejor parisino, cuya fórmula combinada de trazado funcional del espacio y separación de las clases antagonistas aderezada con la promesa aún creí-

(6) GIDDENS, Anthony, *Consecuencias de la Modernidad*, tr. Ana Lizón Ramón, Madrid, Alianza, 1993, p. 24.

(7) GIDDENS, Anthony, *Ibidem*, p. 68.

(8) VV.AA, *La fragilización de las relaciones sociales*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007.

(9) DONZELOT, Jacques, «La nouvelle question urbaine», *Esprit* (1999) [Dossier titulado «Quand la ville se défait»].

(10) DONZELOT, Jacques, «La ciudad de tres velocidades», en *La fragilización de las relaciones sociales*, *op. cit.*, p. 23.

ble de la promoción social llevaron a pensar «entre los años cincuenta y principios de los setenta (...) que la partida estaba ganada». Allí «pudo concebirse y materializarse una particular forma de urbanismo que reunía a todas las clases en un espacio unificador a través de la homogeneidad. Los ‘grandes polígonos’ residenciales y ‘las nuevas ciudades’ fueron la principal encarnación de esa confianza en la capacidad de la urbe para crear una sociedad unida». En ese «movimiento hacia delante» él advierte una «sociedad formándose en el seno de una ciudad» (11).

Entiendo que por entonces la ciudad aún tiene estructura de promesa, fruto de las posibilidades de ascenso social. Sin embargo, a partir de algún determinado momento ese movimiento de «todos a una» comienza a verse sustituido por la llegada de una «ciudad de tres velocidades», definida por DONZELOT por: «la relegación de los polígonos residenciales y la periurbanización de las clases medias, que temen la proximidad de los ‘excluidos’ mientras se sienten ‘olvidadas’ por la élite de los ‘ganadores’ que se dedica a invertir en el proceso de gentrificación de los centros históricos» (12).

Sin conflicto (hace ya mucho que se decretó el fin de la lucha de clases) ni promoción, la ciudad globalizada, la nuestra, carece de los dos principios de transacción más importantes. Así lo ve DONZELOT, quien percibe que la «globalización por abajo» se traduce en «la concentración de esas minorías visibles en los territorios de la relegación» mientras la «globalización por arriba» corresponde a la clase emergente ‘centrada’ en la gentrificación. Entre ambos polos no existe, a su juicio, «ninguna dimensión común que permita el establecimiento de una relación, conflictiva, o no. Viven en la misma ciudad, pero ésta no une ambos extremos» (13).

En uno de sus últimos trabajos al respecto SENNETT alude precisamente a la similitud de los efectos que el capitalismo flexible produce sobre el lugar de trabajo y sobre la ciudad misma: relaciones superficiales y a corto plazo en el primer caso y relaciones superficiales y disgregadas en el segundo que se manifestaría de tres formas. El clásico apego a la ciudad se ve sustituido por la movilidad geográfica de los trabajadores flexibles. Además se estandariza el entorno pues «la oficina flexible no está pensada como un lugar en el que uno se pueda encontrar cómodo». Antes bien se requiere una arquitectura que habilite un entorno físico que pueda ser rápidamente vaciado, reconfigurado, olvidado incluso. Neutralidad la de los nuevos edificios que se

(11) DONZELOT, Jacques, *Ibidem*, p. 27.

(12) DONZELOT, Jacques, *Ibidem*, p. 29.

(13) DONZELOT, Jacques, *Ibidem*, p. 68.

debe también a que se han convertido en «moneda global de inversión para que alguien en Manila compre o venda fácilmente 10.000 metros cuadrados de superficie para oficinas en Londres» y para ello «el espacio debe tener la misma uniformidad y la misma transparencia que el dinero.» Por otro lado, a un exterior plenamente neutro sólo puede acompañarle un interior igual de neutro e indiferente, razón por la cual algunos críticos la han denominado «arquitectura de piel» todo es estándar y susceptible de una transformación total instantánea, nada es hondo ni profundo sino superficial y epidérmico (14). En su afán por procurar y crear lo homogéneo, lo idéntico incluso «las ciudades dejan de ofrecer lo raro, lo inesperado y lo estimulante» lo cual acaba por repercutir en los espacios públicos cuya neutralidad y afección por un consumo también estandarizado «alteran la dimensión local». Y por último, uno y otro, entorno laboral y urbano con su presión espacio-temporal casi cronometrada afectan para distorsionar la vida familiar y privada (15). Nada que ver con la lección recibida de «los arquitectos y pensadores del existencialismo —con toda la imprecisión y diversidad de posiciones que se reúnen tras este término— no sólo el habitar es una actividad fundamental —fundante— sino que ésta debe ser repensada no técnicamente sino a partir de la experiencia vivida del individuo» (16). En su lugar hemos optado por nuevas formas o el declive de la experiencia sin ocasión para el papel fundamental de la arquitectura la conversión del abstracto espacio en lugar, en «acontecimiento de vida» (17).

Algo de todo eso reflejan, salvando las distancias, Mike DAVIS y Jeremy SEABROOK, cuyos análisis sobre distintas 'ciudades' del mundo convergen en ese mismo punto, el de los extremos. Extremos mucho más distantes que hacen empuqueñecer los de las ciudades de ámbito europeo. Davis que diferencia entre megaciudades, de más de ocho millones de habitantes e hiper-ciudades, de más de veinte, incorpora la noción de «estructuras posturbanas» aludiendo al fin de la idoneidad del término urbano para referirse a tales lugares (18). No hace sino aceptar la sugerencia del arquitecto y urbanista alemán Thomas SIEVERTS de *Zwischenstadt*, un urbanismo difuso a medio camino

(14) Nos referimos a la crítica de arquitectura Ada Louise Huxtable *cfr.*, por ejemplo, «¿Ha muerto la arquitectura moderna?» en *Revista de Occidente*, nº 91 (1981), pp. 5-26.

(15) SENNETT, Richard, «El nuevo capitalismo, el nuevo aislamiento» en *Quaderns d'arquitectura i urbanisme*, nº 238 (2003), pp. 60 y 61.

(16) DE SOLÁ MORALES, Ignasi, «Arquitectura y existencialismo: una crisis de la arquitectura moderna» en *Annals d'arquitectura*, nº 5 (1991), pp. 25-33

(17) FERNÁNDEZ ALBA, Antonio, *Reflexiones*, *op. cit.*, p. 11.

(18) DAVIS, Mike, *Planeta de ciudades miseria*, tr. José M^º Amoroto, Madrid, Foca, 2007, p. 18.

entre el campo y la ciudad que «se está convirtiendo rápidamente en el paisaje representativo del siglo XXI, tanto en los países ricos como en los pobres y al margen de la trayectoria urbana anterior». Redes policéntricas sin la clásica dicotomía centro-periferias.

«Al margen de la cultura de que se trate y del lugar del planeta donde surjan, tienen características comunes: una estructura completamente diferente del medio urbano que a primera vista resulta difusa y desorganizada, con islas individualizadas sobre modelos geoméricamente estructurados; un entramado sin centro claro y por ello con muchas áreas, redes y nodos especializados, más o menos contrastados funcionalmente» (19).

Davis habla, con cierta resignación y dolor del «Retorno a Dickens». De aplicar la teoría social clásica basada en la razón y el progreso continuo las ciudades del futuro y aún las del presente habrían de conocer un proceso al menos similar al de la industrialización de las ciudades europeas en el XIX y XX pero no es así. «Kinshasa, Luanda, Jartum, Dar-es-Salaam, Guayaquil y Lima crecen de manera prodigiosa pese a la ruina de sus industrias de sustitución de importaciones, de la reducción de sus sectores públicos y de la caída de sus clases medias» (20). La fábrica alrededor de la cual crecía la ciudad en otras épocas ya no es necesaria, el imparable abandono del campo es en los países del Sur motivo bastante para alimentar un vertiginoso crecimiento de áreas urbanas degradadas.

Ni en el norte ni en el sur, la fábrica ya no es el principal elemento organizador del territorio. No ha desaparecido pero no vertebra el escenario urbano actual que ahora pivota sobre un triángulo novedoso: trabajo-vivienda-consumo (21). De hecho, con una mayor perspectiva teórica GIDDENS ya ponía a la ciudad como ejemplo de discontinuidad o continuidad sólo aparente con lo anterior en 1990: «los asentamientos urbanos modernos frecuentemente incorporan los emplazamientos de las ciudades tradicionales y pueden llegar a dar la impresión de ser meras extensiones de las mismas, pero de hecho el urbanismo moderno se ordena de acuerdo con principios muy diferentes a los que distinguieron a la ciudad premoderna del campo en periodos anteriores» (22).

(19) SIEVERTS, Thomas, *Cities Without Cities. An Interpretation of the Zwischenstadt*, Londres, Taylor and Francis, 2003, p. 3.

(20) DAVIS, Mike, *op. cit.*, pp. 30 y 31.

(21) MARTINOTTI, Guido, «Los lugares de la Modernidad radical y las nuevas poblaciones metropolitanas», *op.cit.*, p. 454.

(22) GIDDENS, Anthony, *Consecuencias de la Modernidad*, *op.cit.*, p. 20.

¿Estamos en condiciones de culpar al diseño urbano por reflejar lo que intrínsecamente le conforma? Inmersa en la modernidad, la ciudad es receptora y reflejo de sus tres fuentes principales: «la separación entre tiempo y espacio, el desanclaje», o mecanismo de «remover la actividad social de sus contextos localizados reorganizando las relaciones sociales a través de enormes distancias entre tiempo y espacio» junto con «la apropiación reflexiva del conocimiento» de modo que la producción de conocimiento sistemático sobre la vida social se hace integral al sistema de reproducción, empujando la vida social fuera de los anclajes de la tradición» (23). Todo ello traducido en el desvanecimiento del sentido de antiguos límites como el espacio y tiempo, comprimido este en un «presente absoluto» se desenvuelve en lo que LIPOVETSKY denomina hiperconsumo, turboconsumo o consumo —mundo, «imperio sin tiempos muertos y de contornos infinitos» con traslación directa en la identidad (24). Pero la idea del tiempo no sólo se ve aquejada por ese mal, otros autores ponen el acento en cómo la realidad «ha tomado la forma de accidente» lo cual nos lleva a vivir en una especie de «presente discontinuo» pues al convertirse el accidente «en la circunstancia central (...) la actualidad consiste precisamente en la expresión del accidente. Como consecuencia, la temporalidad de hace un siglo, morosa y blasonada, ha perdido su calidad familiar para convertirse en un cuerpo desnudo sacudido por cualquier pericance, a cualquier hora y desde no importa qué lugar» (25).

A partir de ahí la fragilidad y fragmentación del sujeto expuesto al impacto fáctico o psicológico de riesgos y peligros de consecuencias individuales y colectivas impredecibles en una sociedad atomizada para la que «todo es peligroso» lleva, no podría ser de otra manera, a la «inflación de las preocupaciones por la seguridad» (26) y a la socioporosis de la que se hace preciso sobrevivir (27). «No cabe duda de que, hoy, la inseguridad, la incertidumbre y la vulnerabilidad forman parte de la definición de quiénes somos» (28). El hecho nada insignificante de vivir en un entorno urbano va a ocupar un lugar destacado en la construcción de la identidad individual y del grupo, porque

(23) GIDDENS, Anthony, *Ibidem*, p. 58

(24) LIPOVETSKY, Gilles, *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, tr., A. Prometeo Moya, Barcelona, Anagrama, 2007, pp. 90, 104, 183.

(25) VERDÚ MACIÁ, Vicente, *El estilo del mundo*, Barcelona, Anagrama, 2003, p. 32.

(26) LIPOVETSKY, Gilles, *Ibidem*, pp. 229 y 216.

(27) RENDUELES, César, «Sobrevivir a la socioporosis», en VV.AA., *La fragilización de las relaciones sociales*, op. cit., pp. 9-20.

(28) ROJAS MARCOS, Luis, *Nuestra incierta vida normal*, Madrid, Punto de lectura, 2008, p. 25.

«yo me construyo junto a los otros pero también con ellos (...) estoy hecho de todos esos otros como ellos están hechos de mí». En esa construcción recíproca la disposición y forma del espacio y el tiempo propiciando o dificultando uno u otro tipo de relaciones y por tanto de reacciones resulta fundamental. Estamos hechos de contradicciones, lo dijo PASCAL, pero está por ver si algunas son insuperables.

II. SIEMPRE MÁS

«Nada es suficiente para el hombre para quien lo suficiente es poco»

Epicuro

Algo atrás queda para buena parte de los hombres de hoy la divisa de MONTAIGNE «¿qué es lo que sé?». No es que la reflexión y reflexividad hayan desaparecido, antes bien son condiciones *sine qua non* de la Modernidad, pero la vida de buena parte de los ciudadanos de occidente no se articula en torno a ellas. La libertad de pensamiento no tiene ni puede tener sustituto alguno pero tal vez sí sucedáneo. La experiencia individual de la que se nutre el presente adopta la forma de consumo. El consumo estructura la actividad productiva, lucrativa y nuestra vida privada entera. Una remodelación invasiva de lo individual, lo colectivo y por ende lo cultural con alto índice de eficacia porque «es transversal a los distintos modos de vida y moviliza valores tan ampliamente compartidos como le es posible». Nos relacionamos con el mundo mediante el consumo y lo hacemos en y a través de la ciudad. La ciudad es consumo y el consumo ofrece todo, ergo, la ciudad ofrece todo.

Hablamos de ciudad para referirnos a un territorio cuyo modelo carece de liderazgo público y donde la Administración reorienta su papel regulador hacia un nuevo papel promocional (29) ajustándose a los requerimientos de la economía del consumo para optimizar la salida de bienes muebles e inmuebles, tangibles e intangibles. ¿Dónde coloca eso al funcionalismo como teoría urbana? Aldo ROSSI en una huida razonada del «funcionalismo ingenuo» sustentaría una interpretación compleja: forma y función conjuntamente explicarían el concepto de «ciudad como totalidad» (30). La función que, según

(29) DE SANTIAGO RODRÍGUEZ, Eduardo, «Nuevas formas y procesos espaciales en el territorio contemporáneo: la ciudad única», *Polis*, (www.revistapolis.cl/index/htm), nº 20. *Ciudad, espacio y flujos*, (2008).

(30) ROSSI, Aldo, *La arquitectura de la ciudad*, 8ª ed., tr. J.Mª FERRER-FERRER et al., Barcelona, Gustavo Gili, 1982, pp. 83, 94 y 95.

WEBER, hizo del asentamiento colectivo humano una ciudad, desde el punto de vista económico fue el comercio, «la ciudad es un asentamiento comercial», ciudad es, en sentido económico un «lugar de mercado» porque sólo hay ciudad «cuando la población residente en una localidad satisfaga una parte económicamente sustancial de sus necesidades en el mercado local, gracias sobre todo a los productos que dicha población, y la de los alrededores inmediatos, hayan fabricado o se hayan procurado para venderlos en el mercado» (31). En la tipología de WEBER la del mercado es una ciudad de consumidores distinta a la mercantil, la agraria, la industrial, la marítima, la ciudad-fortaleza y, desde luego, la ciudad-estado. En unas u otras el acento puede aparecer en la comunidad mercantil o en la política, así, «la ciudad medieval representa (...) una organización mucho más orientada en la dirección de la adquisición mediante una economía racional que cualquier ciudad de la Antigüedad mientras duró la época de la *polis* independiente (...) en la ciudad (...) el burgués se vio empujado por el camino de los *medios económicos racionales* (32)». Un denominador común une a todas ellas: «la ciudad fue por todas partes, en gran medida, un asentamiento en común de gentes *extrañas* a la localidad» (33), parafraseando a AUB, la ciudad será abierta o no será, inconclusa o no será.

La articulación del paisaje disperso en que se ha convertido la ciudad corre a cargo de 3 funciones que a su vez simbolizan los valores y metas del presente: consumo, ocio y nuevos centros de gestión (34) apreciándose cada vez con mayor claridad una tendencia a la identificación de los dos primeros. Todo está pensado y dispuesto para que en el centro comercial tiempo y espacio se anulen. Sin relojes ni luz solar que pueda darnos idea del momento del día en que nos hallamos junto con una climatización que también anula nuestro sentido de la estación en que nos encontramos y del clima en que vivimos nos adentramos en un espacio creado sobre la recreación de otros con identidad propia. «En Scottsdale (Arizona) el Borgata reproduce el aire libre del desierto y el pueblo toscano de San Gimignano y en Connecticut, el Olde Mystic Village es el duplicado de la calle principal de una localidad de Nueva Inglaterra a principios del siglo XVII». Todo es réplica, todo es copia, una

(31) WEBER, Max, *La ciudad*, tr. J. VARELA y F. ÁLVAREZ-URÍA, Madrid, La Piqueta, 1987, p. 5.

(32) WEBER, Max, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, 2^a ed., tr. J. Medina Echavarría et al., México, F.C.E., 1979, p. 1042.

(33) Weber, Max, *Ibidem*, p. 962.

(34) ARIAS SIERRA, Pablo, *Periferias y nueva ciudad. El problema del paisaje en los procesos de dispersión urbana*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2003, pp. 457-478.

«selección global de lo mejor de lo global». El *small* (centro comercial) se plantea y renueva permanentemente para conseguir un universo acaramelado donde el peso de la existencia se reduzca al de las compras realizadas. Ir al centro es ir de vacaciones, paraíso artificial donde olvidar y olvidarse. Todo cuanto pueda resultar angustioso o triste y sea susceptible de alterar el buen ánimo de visitante es evitado, así el mundo es simplificado y sólo después copiado.

Perfeccionado el modelo se procede a su clonación levemente alterado por con una aparatosa tendencia al alarde y la ostentación. El ejemplo nos lo da el West Edmonton Mall Alberta en Canadá, el centro comercial más grande del mundo (recientemente se ha construido una de mayor superficie en China pero su actual número de tiendas todavía no es competencia para las más de ochocientas del canadiense). Su superficie equivalente a cien campos de fútbol alberga el mayor parque de atracciones del mundo, el mayor parque acuático, un campo de golf... y todo ello por supuesto a sumar a una enorme cantidad de tiendas y locales de ocio y restauración. Nada es suficiente, todo es poco si lo que se pretende es como uno de sus promotores decía a los asistentes en la ceremonia inaugural: «Ya no tenéis que ir a Nueva York, París, Disneylandia o Hawái. ¡Os lo podemos ofrecer todo aquí! (35).

Desde luego, a cada época su modelo, el de hoy más inmisericorde por lo premeditado incumple sin reprobación las promesas de un pasado que fue proyecto. «la forma de la ciudad siempre es la forma de un tiempo de la ciudad; y hay muchos tiempos en la forma de la ciudad» (36). Conservamos en la de hoy algunos legados del pasado que confieren a la ciudad un importante peso semántico en un espejismo de escenarios de coherencia y unidad. «La imagen compacta con la que nos relacionamos hoy en los centros históricos (...) no refleja el proceso de construcción en el tiempo» (37). En su permanente hacerse, la ciudad carece por naturaleza de forma definitiva. Fue mucho el tiempo durante el cual los habitantes tuvieron que asistir a la «eterna» construcción de catedrales, palacios, edificios, casas... que entremezclados creaban un ambiente de provisionalidad bien lejano del perfil que hoy vemos e imaginamos.

(35) VERDÚ MACIÁ, Vicente, «El sueño del centro comercial», *El correo de la UNESCO*, nº 11, (2000), pp. 4-9.

(36) ROSSI, Aldo, *op. cit.*, p. 104.

(37) NÁRDIZ ORTIZ, Carlos, «Calles, caminos y puentes en la ciudad histórica», *Ciudad e Historia. La temporalidad de un espacio construido y vivido*, J.A. MARTÍNEZ DE ROTA Y MONTER (Coord.), Universidad Internacional de Andalucía/Akal, Madrid, 2008, p. 116.

El consumo por un lado pero también «la creciente disociación entre defensa y territorio» vinculada con las innovaciones tecnológicas en materia de armamento y los nuevos niveles de territorialidad y modos de regionalización hacen que los lugares sean más «débiles». Nuestra relación con el espacio no es la tradicional. No puede serlo pues en «nuestra civilización los nuevos espacios tienden a la desaparición de los centros y a la formación de redes; no se configuran a partir del modelo de las antiguas concentraciones, sino que ofrecerán el aspecto de una red. Pero esta geometría no es un resultado casual, sino que responde también a una determinada manera de entender cómo deben organizarse las sociedades o cómo se organizan de hecho, aunque no lo hayamos pretendido o incluso desagrade a los partidarios de la tradicional centralización» (38).

Metrópolis (Asociación mundial de las grandes metrópolis), IULA (Unión Internacional de Autoridades Locales), FMCU-UTO (Federación mundial de ciudades unidas), Mercociudades (una red de ciudades de Mercosur), Eurocities (125 grandes ciudades europeas de 31 países), Telecities (Red temática de Eurocities), Conferencia de ciudades del Arco Atlántico, Eurexter (Asociación europea para la excelencia territorial), UICC (Unión islámica de ciudades y capitales islámicas) son sólo algunos de los ejemplos que ilustran el gran desarrollo que las redes de ciudades están adquiriendo en todo el mundo. Fenómeno que tiene mucho que ver con la evolución de las ciudades, el urbanismo y el modo de vida. Los datos confirman un espectacular alza de la población en las áreas urbanas. «La consecuencia es que, hoy en día, casi la mitad de la gente de este planeta vive en ellas» (39), porcentaje que, en Europa, se dispara hasta un 80% (40). Proporción que explica la aparición en 1999 de la Estrategia Territorial Europea (ETE) centrada en la búsqueda de una Europa más competitiva a través de un espacio más equilibrado y policéntrico en el conjunto del territorio europeo, de hecho, «aproximadamente un 70% de la legislación europea tiene un impacto sobre la vida de las ciudades». Lo que significa que no son las instituciones más próximas (Ayuntamientos, Comunidades Autónomas...) sino un Parlamento Europeo y un Consejo a propuesta de una Comisión quienes deciden sin tener un conocimiento directo de lo local

(38) INNERARITY, Daniel, *La sociedad invisible*, Madrid, Espasa Calpe, 2004, pp. 105, 108, 114.

(39) CONTI, Eduard, «La Red Metrópolis y la Red Telecities», en *Gobierno y gestión de las ciudades: una visión desde las dos orillas del Atlántico. IX Seminario sobre Gestión Pública Local*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón/ Ediciones Trea, 2004, p. 162.

(40) ESCÁRCEGA, Mario y ORIHUELA, Marie-Ange, «El gobierno y la gestión de las ciudades. El papel de las redes de ciudades, *Ibidem*, p. 49.

y de cómo le afecta la normativa (41). Realidad que casa bien con la idea de BOURDIEU según la cual «la política no ha dejado de alejarse de los ciudadanos» (42). En un esfuerzo teórico, los impactos producidos por la intensidad de las redes han sido ordenados en cuatro clases cada uno de los cuales trae causa del anterior: mayor homogeneización cultural, acentuación de las características culturales originarias, descentralización creciente, imparable descentralización del Estado. Como indica GARCÍA ECHEVARRÍA estamos ante una realidad nueva, una «localización competitiva» en la que «el Estado verá reducir, cada vez más, su papel como gran distribuidor de competencias y se tendrá que concentrar más en aquellas funciones que le son características del ejercicio de su poder, dotar de un entramado al entorno empresarial que reduzca los costes de arbitraje» (43).

Pero más allá de ello, las redes acercan porque suponen la pertenencia a un espacio compartido y por ello fortalecen e intensifican la globalización que, vista desde aquí, es una nueva cultura, «la difusión de lo mismo» con la que se vive al mismo tiempo y se desean las mismas cosas. Resulta lógico si se acepta que «lo característico de nuestro mundo es la tendencia a la homologación». La diversidad propia de otras épocas queda irremediablemente eclipsada por el éxito de las franquicias, «franquicias con marca que marcan región tras región» (44). El éxito de la(s) marca(s) ha llegado a tal extremo en la economía globalizada del *continuum* que ha hecho surgir la duda «¿puede la propia ciudad convertirse ella misma en una marca?» (45). No nos son extrañas «la campañas que promocionan el perfil *high fashion* de Londres o que Barcelona se defina como la botiga més gran del món (la tienda más grandes del mundo)» (46) pero eso ya se ha sobrepasado. El proceso no terminó ahí. Es verdad que «los eslóganes y

(41) GÓMEZ, Jordi, «La red Eurocities», *Ibidem*, p. 140.

(42) BOURDIEU, Pierre, *Contre-feux 2. Pour un mouvement social européen*, Paris, Editions Raisons d'agir, 2001, p. 11. En realidad la voz del sociólogo francés no es la única que rechaza ese modo de hacer política comunitaria y estatal, de hecho él hace suya la crítica que Aline Pailler dirige al gobierno francés: «Es lo que hace el gobierno francés cuando se otorga el derecho de ejecutar por ordenanzas, fuera de todo control parlamentario, directivas europeas que a su vez son la traducción apenas disimulada de directivas de la Organización mundial de comercio», *Le Monde*, 4 de noviembre de 2000.

(43) GARCÍA ECHEVARRÍA, Santiago, «La empresa y su entorno urbano» en *Ciudad e Historia: la temporalidad de un espacio construido y vivido*, *op. cit.*, pp. 164, 165, 167.

(44) VERDÚ, Vicente, «Local y global. La homogeneización del mundo», *Ibidem*, p. 111.

(45) MUÑOZ, Francesc, «Brandcelona: de la reconstrucción urbana al urban sprawl» en *La metaciudad: barcelona. Transformación de una metrópolis*, M. DEGEN y M. GARCÍA (Eds.), Barcelona, Anthropos, 2008, p. 169.

(46) PELLICER, Lluís, «La ciudades son clones», *El País*, 3-7-2008.

logos habían comenzado, como puros elementos de *marketing*, representando a la ciudad —como ocurrió con el famoso y longevo *I love NY*—, pero ésta ha acabado por convertirse en un soporte mismo para las marcas». De un lado el espacio urbano de hoy es un espacio «brandificado» pero se ha dado una vuelta de tuerca más «la conversión de la propia ciudad en una marca, en un brand». Barcelona nos servirá de ejemplo, largas y costosas campañas de imagen nos han hecho identificar Barcelona con lo mediterráneo hasta el punto de que decir Barcelona es decir «mediterraneidad», ésa es su imagen-marca. El modelo mediterráneo de ciudad, la forma compacta, densa y con gran diversidad de funciones y usos sería pues lo que cabría esperar a visitantes y residentes. Sin embargo no parece que sea así. Pese al discurso del urbanismo preolímpico y postolímpico en pro de la defensa del espacio público, la densidad de población y la compacidad propias de su modelo tradicional en la práctica nos encontramos para empezar con un divorcio entre el centro y la periferia de la ciudad como si ambas no formasen parte de la misma realidad, para cada una de ellas se proyecta y ejecuta un plan bien distinto. Frente a la «lógica de la reconstrucción» de los cascos urbanos de los años 80 y 90, paliativo a la política urbana franquista, la transformación del espacio del extrarradio nos depara «un crecimiento exponencial de la urbanización, con un consumo de suelo indiscriminado que revela una ocupación del territorio tanto o más salvaje que aquella que protagonizaron las operaciones de vivienda masiva de hace 40 años (...) Un territorio donde las manchas de aceite se van multiplicando a lo largo de autopistas y alrededor de rotondas (...) y que si a algún modelo nos recuerda es al del *suburb* norteamericano» (47). Un modelo cuyos inconvenientes no se reducen a los ambientales, por importantes que sean, dada su imposible sostenibilidad, la simplificación de la ciudad causada por su empeño en la homogeneidad social y funcional como criterios organizativos, la exclusión de los distintos y lo diferente conlleva un reduccionismo premeditado del «entramado de relaciones» que siempre significó la ciudad. Por lo que al mal de la «brandificación» del casco histórico habrá que añadir la «urBANALización» del espacio más que la urbanización del mismo, esto es, «territorios donde lo urbano sustituye a lo urbano» (48). Por lo que parece es para el desierto la prédica de Richard Sennett cuando afirma que puesto que «la igualdad anula la mente, la diversidad la estimula y la ayuda a crecer (...) las ciudades tienen el potencial de convertirnos en seres humanos más complejos» Y para ello nada como el consejo de Emmanuel Lévinas cuando pro-

(47) MUÑOZ, Francesc, *op. cit.*, p. 172 y 173

(48) MUÑOZ, Francesc, *op. cit.*, p. 174.

pugna la «buena vecindad de los desconocidos» (49). Pero en el olvido queda esa aspiración de ciudad para quienes lo complejo no es sinónimo de más completo sino de más conflictivo.

III. LA CIUDAD COMO UTOPIA

«¡No penséis, mirad!», Wittggestein

Espero interpretar correctamente a Nietzsche al afirmar que la ilusión y las ficciones son necesarias para la vida en la medida misma en que lo es el error. No hay ninguna verdad que valga más que el error, tal vez porque siempre nos hayamos de mover en el terreno de la hermenéutica. Es un modo poco cómodo pero que, en definitiva, incorpora la ilusión en la existencia humana. La reclamación de lo posible y el repudio del determinismo es una de las vías expeditas para la esperanza. Muchas son las concepciones de hombre y ciudadano, tantas como épocas, pero en ninguna puede faltar su idea de proyecto. El sujeto es su proyecto. Eso explicaría porqué «a lo largo de la historia, el ser humano no ha parado de construir mundos ideales (...) podríamos decir que el ser humano es radical y constitutivamente soñador: si existe es porque sueña (...) Y toda su historia —la nuestra— es el relato de un interminable y a menudo doloroso conflicto entre sus sueños y sus circunstancias» (50), su realidad y su proyecto.

A menudo las ilusiones generadoras de confianza han adoptado la forma y fórmula de ciudad. Podría incluso hacerse una incursión histórica siguiendo únicamente la estela de ese sueño, el anhelo de Thomas Moro, la organización de los socialistas utópicos, los alardes de Haussmann, las conciliadoras ciudades-jardín, el racionalismo de la arquitectura moderna, o las pretensiones geométricas de los totalitarismos ...

¿Y hoy? Tras los embates de un consumismo reductor la ciudad territorio informe de uso comercial sacrifica en su favor funciones y dimensiones que antes le fueron más propias: cultura, arte, política... Todo por y para el mantenimiento de esta forma de vida: una especie de «apartheid planetario» donde los habitantes del privilegiado barrio Norte mantenemos un estilo de vida de imposible universalización y sostenibilidad. Por mucho que de vez en cuando, especialmente en Navidad y cada vez que una tragedia natural

(49) SENNETT, Richard, «El nuevo capitalismo, el nuevo aislamiento», *op. cit.* p. 58.

(50) GARCÍA INDA, Andrés y GONZÁLEZ ORDOVÁS, M^o José, *Brazil, Diciendo no. Reflexiones ético-políticas de Terry Gilliam*, Valencia, Tirant lo blanch, 2008, p. 21.

asola nuestro corazón a través del televisor, participemos de las tele-rifas de la solidaridad, remedo esperpéntico y patético del sentido de la justicia y la proporción.

Decía Walter BENJAMÍN que «todo menos las nubes había cambiado». Pues bien, por lo que parece, hoy hasta las nubes están cambiando, desde luego la ciudad mucho y muy rápidamente, pero ¿para que todo siga igual o para que sea diferente?

En todo caso sería demasiado fácil y simplificador echar la culpa de nuestros males a la ciudad. Es la sociedad la que crea y recrea el espacio a su imagen y semejanza. O dicho con mayor precisión «los sucesivos modelos económicos y sus fases se adaptan inicialmente a la base territorial existente y articulan una estrategia para adaptarla de forma paulatina a sus necesidades» (51). En realidad no debería sorprendernos demasiado la evolución sufrida por la ciudad desde la extensión del capitalismo como tal. Como nos recuerda el profesor Sevilla, si algo establecieron con rotundidad sociólogos de la talla de WEBER o SIMMEL fue que el capitalismo suponía, más allá de otras consideraciones de índole estrictamente económica, «la racionalización de todas las dimensiones vitales» y que desde luego incluye «la racionalización de las relaciones sociales en el espacio y el tiempo». A lo que deberíamos añadir que por tratarse de una racionalización instrumental ambos condicionantes espacio y tiempo se convierten en herramientas de provecho económico de forma inmediata y lo que es más importante, en elementos sobre los que imprimir un modelo social normalizado a través de su configuración material concreta que vendrían a través de la interiorización de ese modelo urbano como único modelo posible, esto es, una urbanización de nuestra conciencia y experiencia

Con la creación de la ciudad instantánea y desmesurada por lo que hemos optado hemos exiliado a un tipo de ciudad cuyo concepto relacionábamos con la plaza pública y la vida en la calle. Y aunque es verdad aquello que decía el poeta de que «cualquier tiempo pasado nos parece mejor» y pueda haber un poco o un mucho de carga nostálgica que no va necesariamente acompañada de verdad, lo que parece incuestionable es que el modelo actual responde a la producción en serie característica de nuestro sistema económico y por tanto sin atributos propios. (De hecho, creo que nos resultaría difícil averiguar por qué ciudad europea paseamos si nos alejan de

(51) SEVILLA BUITRAGO, Álvaro, «La ciudad y el eclipse de la experiencia. Notas para una historia crítica de la ordenación territorial», *Polis*, (www.revistapolis.cl/index/htm), nº 20. *Ciudad, espacio y flujos* (2008).

su casco histórico. Ni siquiera las diferencias climáticas han sido capaces de convencer a los arquitectos que no es igual vivir en Córdoba que en Oviedo, poco parecen importar vistos los grupos de edificios que pueblan las afueras de ambas ciudades, por ejemplo).

Cómo iba a ser de otro modo (vuelve recurrentemente la idea anterior): a un pensamiento único sólo puede corresponder una única ciudad, y no una ciudad única. En ella el reparto espacial (cuánto y dónde) proporciona por sí mismo «una reorganización depurativa del espacio social», donde el mecanismo de filtrado llega a través de la selección y exclusión introducido por el precio de la vivienda. Podría rebatírse que siempre fue así y es cierto que tal característica ni es privativa ni original de la ciudad de hoy pero sí habría que reconocerle a nuestro paradigma urbano el mérito de afinar en el proceso de exclusión, ser algo así como la «encarnación de una visión neo-darwinista» (52). Con «su clasificación de los individuos en los nichos espaciales que socialmente les son asignados de un modo más conveniente a esa reciente polarización, bien mediante la producción de nuevas formas espaciales segregadas (urbanizaciones cerradas, enclaves elitizados, procesos de suburbanización popular para los medianos ganadores, etc), bien por la reestructuración más o menos traumática del espacio social de la ciudad consolidada (elitizaciones de diverso alcance, aparición de espirales de degradación y formación de sumideros o ghettos, etc)» se ha conseguido «depurar las lógicas del viejo espacio las lógicas del viejo espacio social heredado del paradigma anterior (relativamente continuo y variado)» (53).

En esa reformulación de la ciudad tradicional la hiperespecialización y la homogeneidad han hecho bascular algunos de los conceptos claves de la urbanística, así al propiciar un espacio unifuncional de grandes dimensiones se ha vetado su accesibilidad a las personas como tales que pasan a depender de las redes de comunicación para llegar a ellos a bordo fundamentalmente de automóviles de modo que la clásica idea de proximidad se ha visto sustituida por la de accesibilidad. Esas redes de comunicación que ya no se corresponden con las redes topológicamente jerarquizadas de las viejas áreas fondistas sino con «una retícula mallada e isótropa (...) cuyo modelo es el de la ciudad dispersa norteamericana (Houston; L.A. Phoenix) provocan por sí mismas efectos de gran calado en el paisaje urbano como una dinámica de

(52) Hago mía la expresión que BOURDIEU utiliza para referirse a nuestra sociedad aplicándola, por mi parte, a su espejo: la ciudad. Cfr. *Contre-feux 2*, op. cit., p. 30.

(53) DE SANTIAGO RODRÍGUEZ, Eduardo, «Nuevas formas y procesos espaciales en el territorio contemporáneo: la ciudad única», op. cit.

flujos propia, así como discontinuidades y vacíos en el espacio que a la postre suponen «la potencia atractiva de algunos canales que excitan al territorio sobre el cual discurren, induciendo al desarrollo de éste (...) mientras otros canales tiene un efecto repulsivo, actuando como bordes o fronteras (...) fenómeno que denominaremos polarización» (54).

HABERMAS lo dijo así en 1985: «Cuando se secan los oasis utópicos, se extiende un desierto de banalidad y perplejidad». Innerarity, va más allá y en 2004 habla ya de «época postutópica». Esa época, la nuestra, basada en una falta de energías utópicas revela la ausencia de esperanza en el futuro y probablemente de ahí venga una rememoración patrimonialista e instrumental del pasado. De modo que, por paradójico que pueda resultar, «la defensa de las tradiciones y la historia constituye hoy una apuesta por un modelo de futuro.» Este modo de entender el patrimonialismo ha alcanzado en los últimos años un auge destacable y enlaza con la tradición antimoderna por su resistencia a lo nuevo y su anhelo de retener el pasado convirtiendo la ciudad en un museo (55). Claro que no es fácil vivir y asumir una crisis del lugar y de los parámetros temporales, ¡cómo va a serlo!, «se han acabado la mayoría de los puntos de referencia constantes y sólidamente establecidos que sugerían un entorno social más duradero, más seguro y más digno de confianza que el tiempo que duraba una vida individual» (56).

¿Qué nos queda? Tal vez la «utopía racional» a la que se refiere BOURDIEU (57). Un voluntarismo y sereno inconformismo que clama por el mantenimiento mismo de la ciudad como lugar de encuentro, lugar de sociedad, consciente de la necesidad de que la ciudad esté «unida a la utopía de una 'humanidad humana' que se proyecta tanto hacia Occidente como hacia Oriente. Quizá más ampliamente de lo que pensara Max WEBER. Desde luego no es un problema meramente 'cultural', ni folclórico, como se empeñan en creer los 'rehabilitadores'. La ciudad nació como hogar de libertades, de pactos, de participación, y convertirla en decorado es una traición a su espíritu originario. Una traición que se pagará caro» (58). ¡Qué menos! ¿Acaso no hubo en el pasado visiones utópicas que trataron de «argumentar, de justificar, de sugerir, de proponer, de presionar a los poderes públi-

(54) DE SANTIAGO RODRÍGUEZ, Eduardo, *Ibíd.*

(55) HERNÁNDEZ RAMÍREZ, Javier, «Movimiento patrimonialista y construcción de la ciudad» en *Ciudad e Historia. La temporalidad de un espacio construido y vivido*, op. cit., p. 43.

(56) ZYGMUNT BAUMAN, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, tr. J. ALBORÉS, Madrid, Siglo XXI, 2003, p. 58.

(57) BOURDIEU, Pierre, *Contre-feux 2*, op. cit., p. 23.

(58) MARTÍN SANTOS, Luis, *Presentación de la ciudad*, op. cit., p. XVIII.

cos»? (59). ¿No se hicieron las ciudades a base de aproximaciones utópicas en busca de un lugar (topos) donde emplazarse?

Decidimos porque el ornamento era un delito (60), reducir la belleza de nuestras vidas, a la contemplación inanimada de los museos. Se despreció lo que el arte podía hacer por nosotros. Eliminada así la emoción del trayecto urbano el recorrido se convierte en mero tránsito del que lo mejor es su brevedad, cuando resulta que el empobrecimiento del ambiente en que nos desenvolvemos menoscaba, por supuesto, todo lo demás. «En el mundo de hoy recobra actualidad la consideración aristotélica de un ambiente integrado, que debe perfeccionarse a favor del pleno desarrollo de las necesidades humanas (...) La integridad del ambiente humanizado ya no puede estar garantizada por la tradición (al parecer tampoco por el mercado), sino que está confiada a la aventura del pensamiento crítico que debe comparar y corregir continuamente sus decisiones» (61). Corrección que, a la vista de los resultados, se ha pasado por alto durante mucho tiempo y en la que, sin embargo, habría que afanarse ante la certeza de que la vida armoniosa de todo el espacio físico no será extraña a la del cuerpo social. El urbanismo que da o quita sentido de pertenencia tampoco puede limitarse ni entregarse a las firmas estelares de grandes arquitectos que imprimen su huella en la ciudad, más apreciada cuanto más exclusiva. La ciudad es una experiencia colectiva en la que hemos de vivir con la total sensación de que compartimos espacios, situaciones, normas... «Indudablemente, en la ciudad es donde el discurso de la rivalidad, del desafío, es más duro» (62) por eso resulta tan primariamente atractivo el discurso y la práctica de la exclusión y del neo-darwinismo. Pero quienes diseñan ciudades zonificadas y dispersas y quienes encargan edificios espectaculares a los que se les demanda el reencuentro con la identidad no debieran pasar por alto que en ese proceso permanente de formación social «me construyo junto a los otros pero también con ellos (...) Estoy hecho de todos esos otros como ellos están hechos de mi» (63).

(59) FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER, J. Antonio, «Papel de la interpretación de la Historia en los proyectos de una ciudad: Betanzos», en *Ciudad e Historia. La temporalidad de un espacio construido y vivido*, op. cit., p. 195.

(60) Como se ve nos servimos del título de la famosa conferencia de Adolf LOOS «Ornamento y delito», pronunciada en 1908.

(61) BENÉVOLO, Leonardo, *La ciudad europea*, tr. M^a PONS, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 228 y 230.

(62) BRUCKNER, Pascal, *La tentación de la inocencia*, tr. Thomas KAUF, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 35.

(63) *Ibidem*, p. 40.